

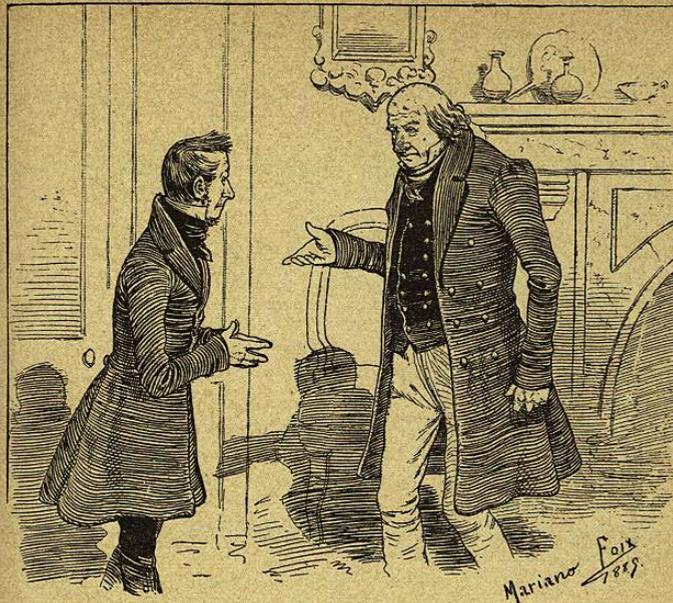
tonces se encontró la persona de Jeremías, ni con clavícula ni sin ella.

Poco después adquirióse la certeza de que el señor Flintwinch no estaba en la casa al ocurrir el accidente; y no se tardó en saber que había tenido gran ocupación en otra parte, cambiando diversos valores en metálico, y aprovechándose de su título de socio de la casa de Clennam para embolsar todos los fondos.

Affery, recordando que el viejecillo había anunciado que se explicaría dentro de veinticuatro horas, quedó convencida de que aquella desaparición tan precipitada era el resumen completo y satisfactorio de la explicación prometida; pero no dijo una palabra, y dió gracias al cielo por haberla librado de su esposo.

Y como en buena lógica parecía bastante inútil tratar de desenterrar un individuo que jamás estuvo sepultado debajo de tierra, renuncióse á continuar las excavaciones cuando se hubo llegado á los cimientos, no juzgándose oportuno buscar á Flintwinch hasta las profundidades del globo.

Esta determinación produjo gran descontento entre los habitantes de la ciudad, los cuales persistieron en creer que el pobre Jeremías constituía ya parte de la formación geológica de la gran metrópoli, aunque algún tiempo después se habló con frecuencia de un viejecillo que solía llevar el nudo de la corbata cerca de una ú otra oreja, y á quien se encontraba por lo régular acompañado de holandeses en las calles de la Haya ó en las tabernas de Amsterdam.



CAPITULO XXXII

La venganza de Pancks

Como Arturo seguía enfermo y el señor Rugg no vislumbraba en el horizonte legal ninguna probabilidad para mejorar los asuntos de su cliente, Pancks se culpaba cada día más severamente de haber sido causa de la prisión de Clennam, que en su concepto debía pasear en coche, en vez de hallarse vejatando en una cárcel. El pobre agente se lamentaba también de verse reducido á vivir de sus escasos haberes, debiendo tener, en su opinión, tres ó cuatro mil libras esterlinas.

Pancks, sin más consuelo que los cálculos que en tan mal hora juzgó inerrables, y que repetía continuamente á cuantos querían oírle, vivía pues muy agitadamente y considerábase desgraciado, por lo cual impacientábase cada día más el yugo del Patriarca. Sus resoplidos indicaban ya cierto enojo, y varias veces el agente había contemplado las protuberancias del cráneo de Casby con más atención de la que convenía á un hombre que no era pintor ni peluquero.

Sin embargo, Pancks no dejaba de asistir á su escritorio, y los asuntos seguían su marcha acostumbrada. Un sábado por la tarde, después de haberse cobrado los alquileres de los inquilinos del Patio del Corazón Sangriento, el agente, que se disponía á salir de su escritorio, oyó que le llamaba su propietario.

—Señor Pancks—le dijo Casby,—hace ya algún tiempo que se descuida usted mucho... que se descuida mucho... y será preciso corregirse.

—¿Qué entiende usted por esto?—preguntó el agente con tono brusco.

—Entiendo, señor Pancks, que ha de ser más riguroso con nuestros inquilinos, más riguroso, señor mío, mucho más riguroso, usted no los apremia, no los apremia nada, y así es que los recibos disminuyen. Aprémelos, pues, ó de lo contrario nuestras relaciones serán menos satisfactorias de lo que yo pudiera desear.

—¡Como si no los apremiase!—replicó Pancks.—Precisamente no sirvo para otra cosa.

—Efectivamente; mas por lo mismo debe usted cumplir con sus deberes, y no lo hace así. Yo le pago á usted para que apremie, y ha de apremiar para que yo le pague.

El Patriarca quedó tan satisfecho de haber dado este giro á la última frase, que se aplaudió á sí mismo con benévola sonrisa, volviendo á repetir otra vez las mismas palabras.

—¿Es eso todo?—preguntó Pancks.

—No, señor; no, señor; no es todo. Tendrá usted la bondad de comenzar á requerir al pago á los inquilinos del Corazón Sangriento en la mañana del lunes.

—Creo que será demasiado pronto, pues ya los he dejado hoy en seco.

—No importa; los recibos disminuyen.

—¡Vamos! ¿hay más aun?—preguntó el agente.

—Sí, señor; sí, tenemos otra cosa. No estoy nada contento de mi hija, señor Pancks, nada contento, pues no sólo va muy á menudo á preguntar por la señora Clennam, cuya situación bajo el punto de vista financiero no es la más propia para satisfacer á todo el mundo... sino que ha dado también en visitar á Arturo Clennam en su prisión.

—Ya sabe usted que está enfermo; la señorita lo hará sin duda por bondad.

—¡Bah, bah! señor Pancks, aquí no se trata de bondades; Flora no tiene nada que ver en eso, y no puedo permitir lo

que hace; que el señor Clennam pague sus deudas y salga de la prisión.

Aunque los cabellos de Pancks estaban erizados como alambres, el agente se sirvió de ambas manos para comunicarles una dirección más perpendicular y fijó en su propietario una mirada siniestra.

—Tendrá usted pues la bondad de anunciar á mi hija—continuó Casby,—que no puedo permitir esto.

—Me parece que se lo podría decir usted mismo.

—No, señor; no... se le paga para decirlo, y usted lo debe decir para que se le pague.

El estúpido viejo parecía complacerse en repetir esta frase.

—¡Vaya! ¿es eso todo?

—No, señor. Me parece que usted mismo pasa mucho tiempo por allí, y por lo tanto debo recomendarle que no piense más en sus pérdidas ni en las ajenas, ocupándose preferentemente de mis asuntos.

—¿Hemos acabado ya?

—Por el momento, sí, señor. Ahora voy á dar una vueltecita, y tal vez volvamos á encontrarnos; pero si no, tenga presente que se ha de apremiar desde el lunes.

Pancks contempló con cierto aire de enojo al Patriarca mientras se ponía su sombrero de anchas alas, sin hacer ninguna observación; mas apenas le vió alejarse, mirando por la ventana, murmuró:

«¡Bueno! ¡ya sospechaba yo que irías hacia allí!»

Y precipitándose en su escritorio, encasquetóse el sombrero, dirigió á su alrededor una mirada, murmurando la palabra «adiós,» salió después presuroso y dirigióse á todo vapor hacia el Patio del Corazón Sangriento. Cuando hubo llegado, resistiéndose á las invitaciones de la señora Plornish, que le invitaba á entrar en la «cabaña feliz,» situóse en lo alto de la escalera, donde permaneció inmóvil hasta que vió llegar al Patriarca distribuyendo afables sonrisas á derecha é izquierda.

Entonces Pancks bajó de su observatorio y dirigióse rápidamente al encuentro del Patriarca.

Casby, que avanzaba con su habitual mansedumbre, extrañó mucho ver á su dependiente allí, pero pensó que estimulado por la reciente reprensión, habría comenzado ya los apremios. Los inquilinos no se admiraban menos de aquel incidente, pues los más ancianos no recordaban haber visto nunca al casero y á su procurador uno frente á otro; pero su asombro creció de punto al observar que Pancks, acercándo-

se al más venerable de los hombres, despojóle de su sombrero de anchas alas, dejando en descubierto su redonda y lisa calva. El estupor de los inquilinos, que atraídos por semejante novedad habíanse agrupado ya alrededor, llegó á su colmo al oír á Pancks gritar:

—¡Ahora, viejo bribón de azúcar y de miel, arreglaremos nuestras cuentas!

Estas palabras atrajeron á otros muchos curiosos, que muy pronto ocuparon las ventanas y las puertas de las casuchas del Corazón Sangriento.

—¿Qué quiere decir toda esta comedia?—dijo Pancks á su propietario.—¿Vuelve usted aquí á hacer el hipócrita? ¡Veamos lo que se le ofrece, señor benévolo!

Al pronunciar estas palabras, Pancks, aparentemente sin la idea de lastimarle, y sólo con objeto de ejercitar el brazo, dirigió un puñetazo á la cabeza del filantrópico Casby, que se inclinó á un lado para evitar el golpe.

—Le doy á usted mi dimisión—continuó Pancks,—sólo para tener el gusto de decirle claramente lo que hace al caso. Usted es una muestra de la más execrable raza de impostores que puede existir en el mundo; y yo, que los conozco á mis expensas, no sé si prefiero el engaño de los Merdle al de los Casby. Usted es un tirano disfrazado, un usurero infame, un judío, un desollador por procuración, un canalla filántropo, un hipócrita repugnante.

Estas palabras y los ademanes con que Pancks las acompañó, fueron acogidas con carcajadas estrepitosas.

—Pregunte usted á esa buena gente—continuó Pancks,—quién es el más duro y el más exigente de los dos: seguramente contestarán que yo.

Esta hipótesis fué confirmada por diversas exclamaciones.

«¡Sí!»

«¡Ya lo creo!»

«¡Ciertamente!»

—Pues yo les digo á ustedes—prosiguió Pancks,—que es Casby, esta mole de caridad y filantropía ambulante; éste es su tirano, el que los desuella á todos, y no yo, que recibo treinta y seis chelines por semana para hacer el papel que hago.

—¡Bien, bien!..... Oigamos á Pancks—gritaron varias voces.

—Sí—prosiguió el agente,—yo no soy más que un ciego instrumento de este hombre, que desde la mañana hasta la noche está pidiendo dinero. Cuando viene aquí, saludando á

todos con sus falsas sonrisas y le rodean ustedes para quejarse de su procurador, no piensan que este hombre es un hipócrita. Y para que lo sepan ustedes de una vez, oigan que hace poco me ha reprendido porque no los apremiaba más, encargándome muy eficazmente que vuelva el próximo lunes á hostigarles de nuevo.

La multitud contestó á estas palabras con prolongados murmullos.

«¡Es vergonzoso!»

«¡Es una tiranía!»

«¡Es repugnante!»

—Ya sabéis—continuó el orador,—lo que es vuestro benévolo Patriarca, con sus afables sonrisas; y sin embargo, á él se le mira con gusto, y á mí con prevención; él es dulce como la miel, y yo amargo como la hiel.

Pancks se acercó de nuevo á Casby, del que se había alejado un poco, y le dijo:

—Como no tengo costumbre de hablar en público, estoy algo cansado, y voy á terminar diciéndole que se puede volver á su escritorio, donde ya no me verá nunca.

Casby había quedado tan sorprendido por aque-la agresión, que no le fué posible coordinar sus ideas ni hallar palabras para contestar, y buscaba al parecer algún hueco para escabullirse, cuando Pancks le volvió á quitar el sombrero con la mayor ligereza.

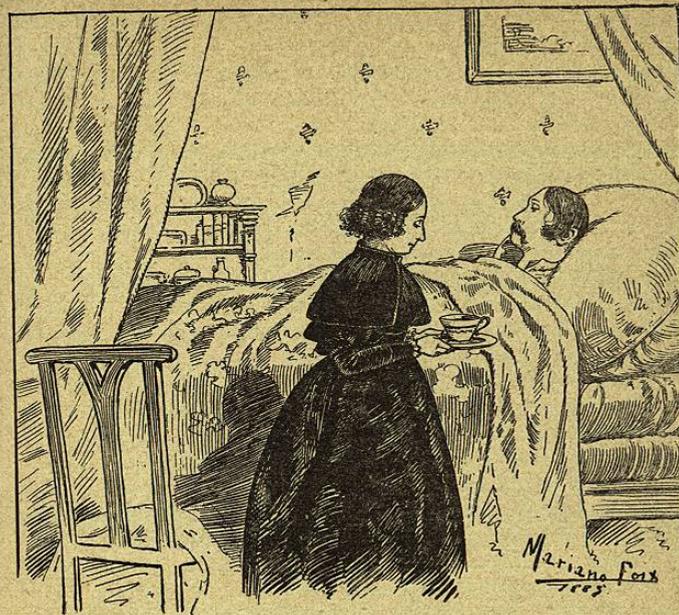
La primera vez dos ó tres vecinos caritativos se habían apresurado á cubrir con él respetuosamente la cabeza del Patriarca; pero en aquel momento, todos los que le rodeaban mirábanle con prevención, y así es que nadie se movió para recoger el sombrero, que estaba en tierra, de modo que Casby se hubo de agachar para recobrarlo.

Rápido como el rayo, Pancks, que hacía algunos minutos tenía la mano derecha oculta en un bolsillo, sacó un formidable par de tijeras, y aprovechando traidoramente el momento en que su propietario se inclinaba, apoderóse de su cabellera, que pendía en blancos bucles sobre la espalda, y cortóla al rape. Y en un paroxismo de animosidad, cogió con igual rapidez el sombrero de anchas alas, y encasquetóle en la venerable cabeza, convirtiéndole en una verdadera cacerola.

Al contemplar su obra, el mismo Pancks retrocedió con espanto ante el horrible resultado de semejante profanación.

En efecto, estaba viendo un pesado personaje, de voluminosa cabeza completamente calva, que le contemplaba con mi-

rada estúpida, sin tener ya nada de venerable, y que parecía salir de la tierra como un hongo, para pedir noticias del paradero de Casby. Después de mirar un momento aquel fantasma, Pancks, ansioso sin duda de ponerse al abrigo de las consecuencias de su crimen, arrojó las tijeras y huyó á todo correr, aunque perseguido sólo por el eco de las ruidosas cajadas de los inquilinos del Corazón Sangriento.



CAPITULO XXXIII

El arrepentimiento de Tattycoram

Los cambios que se efectúan en la habitación de una persona atacada de la fiebre son lentos y caprichosos; pero los que agitan al mundo, presa del mismo mal, son rápidos é irrevocables.

La niña Dórrit debía vigilar á la vez estas dos clases de cambios: durante una parte del día, los muros de la prisión cubríanla con su sombra, pues no quería abandonar á Clennam, á fin de cuidarle con todo su amor y solicitud; pero la vida exterior tenía también sus exigencias; y á todo atendía la niña Dórrit, siempre infatigable.

En primer lugar debía atender á Fanny, con su orgullo y sus caprichos, y muy adelantada ya en ese estado interesante